

# Laura Spinney

## ***EL jinete pálido. 1918: La epidemia que cambió el mundo***

Crítica, Barcelona, 2018

Sara García Ferrero<sup>a</sup>

Coincidiendo con el centenario de la gripe española, la escritora y periodista especializada en temas científicos Laura Spinney publica el libro *El jinete pálido. 1918: La epidemia que cambió el mundo*. El eje central de la obra es la historia de cómo surgió la gripe de 1918, y cómo ésta se propagó por todo el mundo hasta su extinción, dejando a una humanidad completamente transformada. El libro se encuentra estructurado en una introducción, y ocho partes, con una extensión total de 325 páginas. El trabajo de documentación es admirable, la autora hace acopio de toda la información disponible hasta el momento sobre la gripe española, e incluye anécdotas e historias personales sobre la epidemia. El enfoque de esta obra es más periodístico que demográfico, lo que hace que la lectura sea más amena y ligera.

La gripe de 1918-1920 se la considera la madre de todas las pandemias y el mayor desastre demográfico del siglo XX, pues se estima que pudo haber matado entre 50 y 100 millones de personas, es decir, entre el 2,5% y el 5% de la población mundial. Su impacto fue mayor que el ocasionado por la Primera Guerra Mundial (10 a 31 millones de fallecidos) y la Segunda Guerra Mundial (50 a 60 millones), y posiblemente ambas juntas. Sin embargo, y a pesar de las terroríficas cifras de mortalidad que ocasionó la gripe de 1918, la escritora subraya, que es la epidemia menos recordada y menos mencionada de la Historia, a diferencia de otras catástrofes humanitarias como fueron las dos Guerras Mundiales o el Holocausto nazi.

En la actualidad, la información disponible sobre la pandemia de gripe de 1918 es bastante amplia y diversa. Sin embargo, Laura Spinney propone un enfoque diferente a la hora de narrar la gripe, observa que la mayoría de los ensayos están centrados en Europa o América del Norte, y apenas existe información sobre cómo impactó en otras zonas del mundo, como: América del Sur, Oriente Medio, Rusia, el Sudeste Asiático y la China continental. Por ello, la escritora reconstruye la extensión de la epidemia de 1918 hasta llegar a los rincones más recónditos y singulares del mundo, como las pequeñas islas del Pacífico, un pequeño pueblo de Alaska o el corazón de África, o Zamora, al que la autora dedica un capítulo; rescata relatos e historias individuales poniendo de relieve el carácter social de la epidemia; analiza el impacto en las comunidades que más sufrieron el azote de la epidemia, como los italoamericanos de Nueva York, los yupik de Alaska y los habitantes de la ciudad santuario persa de Mashhad.

---

a Universidad Complutense de Madrid

A caballo entre la historia y la ciencia, Laura Spinney comienza la obra examinando los aspectos más generales de la epidemia hasta los más particulares: describe la evolución de la enfermedad de la gripe a lo largo de la historia, pues como ella señala "la comprensión de su origen puede ayudarnos a identificar los factores que determinan el momento, la extensión y la gravedad del impacto epidémico".

En la segunda parte del libro, la escritora analiza detalladamente las tres olas en las que la epidemia se presentó en gran parte del mundo: una primera ola durante la primavera de 1918; una segunda ola, la más mortífera de todas, durante el otoño de 1918; y una tercera ola, a comienzos de 1919. Algunos autores sugieren la existencia de un cuarto brote de gripe en el hemisferio norte en el invierno de 1919-1920. La primera ola de la pandemia fue relativamente leve, similar a la gripe estacional, sin embargo, durante la segunda ola de gripe la enfermedad mostró sus terribles peculiaridades: elevada tasa de mortalidad entre los adultos jóvenes de 20 a 40 años de edad, elevado contagio, efectos secundarios graves (delirio, depresión, piel coriácea, visión borrosa, miembros agarrotados) y propensión a la complicación con otras dolencias más graves, en especial la neumonía bacteriana.

El impacto de la epidemia fue global, alcanzando escenarios remotos desde Brasil hasta China, desde Sudáfrica a Canadá, desde Portugal hasta la India. La autora incide a lo largo del libro en la rápida propagación de la enfermedad, y subraya la importancia que tuvo la Primera Guerra Mundial en el desarrollo y extensión de la epidemia mediante los movimientos de tropas.

En la tercera parte del libro, la escritora nos explica por qué se la mal llamó "gripe española". Esto fue debido a la posición neutral de España durante la Primera Guerra Mundial, ésta no censuró la publicación de los informes científico sobre la enfermedad mientras que el resto de países inmersos en el conflicto bélico si lo hacía. España fue el primer país en notificar los casos de gripe.

Para comprender el impacto y la magnitud que adoptó la epidemia de gripe, la autora se adentra en el contexto científico del momento y en concreto, en el dilema al que se enfrentaron los médicos con el desconocimiento en torno a la enfermedad y el patógeno causante de la misma, pues en 1918, a los virus, nadie los había visto y no había prueba alguna de su existencia. Junto a este desconocimiento, la autora subraya la deficiente formación de los médicos, y la escasez de medicinas que se podían utilizar para paliar los efectos secundarios que ocasionaba la enfermedad.

El desconocimiento de la enfermedad por parte de los médicos de 1918, así como, la incapacidad de la población para comprender el modo de contagio de la enfermedad, lleva a la escritora a centrarse en el curioso caso de Zamora, y concretamente en su obispo, como foco de contagio de la enfermedad. Durante la epidemia, y a pesar de las medidas de distanciamiento social que se habían tomado a nivel nacional, los médicos locales seguían opinando que la enfermedad era el resultado de una acumulación de impurezas en la sangre, y por lo tanto renegaban de que pudiera ser una enfermedad contagiosa. Ese desconocimiento y la incertidumbre que éste generaba, se unieron a

la profunda mentalidad religiosa de los zamoranos que, aterrados, buscaban consuelo en las misas diarias y procesiones que organizaba la Iglesia. Zamora sufrió más que ninguna ciudad de España el impacto de la epidemia, aunque la autora no ofrece datos de mortalidad que lo corroboren.

En la cuarta parte del libro, se centra en las medidas de mitigación frente a la propagación de la enfermedad, así como los tratamientos utilizados para aliviar los síntomas. En 1918 se adoptaron diversas medidas para evitar la transmisión de la enfermedad, la mayoría estaban enfocadas al distanciamiento social; se cerraron escuelas, teatros y los lugares de culto, se limitó el uso de los sistemas de transporte público y los actos multitudinarios, mientras que otras medidas más experimentales fueron: llevar una mascarilla de gasas sobre la boca, el uso de desinfectante etc.

El desconocimiento acerca de la enfermedad también se hizo visible en cuanto a los tratamientos o terapéuticas empleadas por parte de médicos para aliviar los síntomas de la enfermedad, la mayoría de los remedios empleados no eran más eficaces que un placebo, como los preparados de arsénico o las sangrías. La escritora subraya que muchos de los enfermos de gripe tuvieron que hacer frente a los efectos de la sobredosis de muchas sustancias que estaban en fase de experimentación como, por ejemplo, la intoxicación por aspirina, la cual contribuyó a un elevado porcentaje de víctimas de gripe.

En la quinta parte del libro, la escritora ahonda en las tres teorías sobre el origen de la pandemia de gripe de 1918 en busca del paciente cero. Aunque el primer caso de gripe se registró oficialmente en el campamento de Fuston, Kansas, el 4 de marzo de 1918, el origen de la pandemia de 1918 es aún desconocido y muy discutido. La primera de las teorías baraja como origen de la pandemia China, cuyo paciente cero sería un campesino de Shanxi reclutado en 1916 para el Cuerpo de Trabajadores Chinos que se destinaban a Francia o Bélgica, como mano de obra para cavar trincheras, reparar tanques y ensamblar proyectiles destinados a la Primera Guerra Mundial, y que viajan al este a través de Canadá; la segunda teoría tiene origen en Francia, habla de un soldado gaseado de gas mostaza que se recuperaba en Étapes (Francia) y donde se desarrolló una epidemia muy parecida a la gripe en diciembre de 1916, un año antes de la epidemia que afectó al campesino de Shanxi; y la tercera y última teoría hasta el momento, es la de un agricultor de Kansas, que se incorporó al campamento militar de Funston (Kansas) en el que a partir de enero de 1918 comenzaron a registrarse un gran número de enfermos de neumonía, se piensa que la gripe se propagó desde este campamento miliar al resto del mundo a través del movimiento de tropas. Esta hipótesis es la más respaldada entre los investigadores, ya que explica la coincidencia cronológica entre el estallido epidémico en el continente americano y Europa. Sin embargo, la escritora, vuelve a subrayar la posible relación de que fuera el cuerpo de trabajadores chinos los que llevaran la gripe a la costa oriental de América del Norte.

En la sexta parte del libro, es en mi opinión una de las más interesantes, la escritora hace un recorrido cronológico sobre todos los avances científicos que sobre la gripe se han desarrollado desde el estallido de la gripe de 1918 hasta la actualidad; desde el

descubrimiento del virus de la gripe en 1930; la creación de la primera vacuna de gripe de 1936; la secuenciación del virus en 1950 a raíz de las muestras del virus de 1918 recogidas en Alaska; en 2005 se extrae la secuencia completa del virus de la gripe de 1918, se consigue reanimar el virus y se observa que es similar al virus aviar. La importancia de este descubrimiento reside en que permitió dar respuesta a uno de los grandes interrogantes de esta pandemia ¿por qué fallecieron los adultos más jóvenes? Gracias a todos estos avances sabemos que fue consecuencia de una sobre respuesta del sistema inmunológico provocado por una tormenta de citoquinas, similar a algunos de los efectos que estamos observando hoy con el COVID 19. La gripe de 1918 ha sido calificada por los epidemiólogos como la madre de todas las pandemias, ya que las pandemias de gripe que surgieron después de ésta, las epidemias de 1957 y 1968 heredaron la mayor parte de los genes internos de la gripe de 1918.

En la séptima y última parte, la autora se centra en subrayar cómo la pandemia de 1918 aceleró el ritmo de los cambios en la primera mitad del siglo XX y ayudó a configurar nuestro mundo moderno. Según la escritora, la gripe de 1918 influyó en el proceso de paz de la primera guerra mundial, empujó a la India a la independencia, y a la Sudáfrica del apartheid; aclara también que la epidemia marcó el comienzo de la sanidad universal, la medicina alternativa, y nuestra afición por el aire puro y nuestra pasión por el deporte, así como contribuyó a establecer la virología como disciplina, a promover las primeras vacunas contra la gripe, a constituir la Organización Mundial de la Salud y a que Fleming descubriera la penicilina.

Para concluir, me gustaría destacar el trabajo de documentación que ha realizado la autora a la hora de reconstruir la epidemia y su expansión por el mundo y, sobre todo, el gran número de anécdotas en las que la periodista se apoya para narrar la historia de la pandemia de 1918. Sin embargo, se echa en falta un análisis más detallado del impacto que a nivel demográfico tuvo la epidemia de 1918, sobre todo, en aquellas zonas en las que la periodista hace hincapié a lo largo del libro por no haber sido aún analizadas. Lo que este libro nos enseña es, básicamente, que es inevitable que se produzca otra pandemia de gripe, pero que pueda ocasionar millones de fallecidos dependerá del mundo en el que surja. Es una buena lectura ligera para los tiempos que nos han tocado vivir con una pandemia como la del COVID 19, que tanto recuerda a la gripe del 1918.